

SOCIALISMO Y LOS TANQUES



CARETAS proseguirá en su próxima edición las crónicas de viaje de Vargas Llosa por la Unión Soviética. En la presente, nuestro colaborador la interrumpe para expresar su opinión sobre la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. La clara posición de izquierda del autor aumenta el interés de sus puntos de vista. Por lo demás, hasta la mayoría de Partidos Comunistas del mundo se ha colocado en una línea similar.

Escribe:
MARIO
VARGAS
LLOSA

LA INTERVENCIÓN militar de la Unión Soviética y de sus cuatro aliados del Pacto de Varsovia contra Checoslovaquia es, pura y simplemente, una agresión de carácter imperial que constituye una deshonra para la patria de Lenin, una estupidez política de dimensiones vertiginosas, y un daño irreparable para la causa del socialismo en el mundo. Su antecedente más obvio no es tanto Hungría como la República Dominicana. El envío de tanques soviéticos a Praga para liquidar por la fuerza un movimiento de democratización del socialismo es tan condenable como el envío de infantes de marina norteamericanos a Santo Domingo para aplastar por la violencia un levantamiento popular contra una dictadura militar y un sistema social injusto. La violación de la soberanía del pueblo checo perpetrada por la URSS ha sido menos sangrienta pero no menos inmoral que la que se cometió contra la del pueblo dominicano. En ambos casos, los argumentos esgrimidos por Washington y Moscú —el famoso argumento de que la intervención había sido “solicitada” por las propias víctimas y de que tenía como objeto salvar la “democracia” o el “socialismo” amenazados por una potencia exterior— revelan el mismo cínico desprecio de la verdad. La verdad, en ambos casos, es que una gran potencia, amparada en el derecho de su superioridad militar, se permite atropellar físicamente a una pequeña nación porque el rumbo político que ha tomado no conviene a sus intereses estratégicos mundiales, y disfraza su intromisión tras una cortina de humo ideológica. Lo que está en juego en el drama que vive hoy Checoslovaquia no es la pugna entre capitalismo y comunismo, sino el destino de los países que conforman el tercer mundo. Una terrible perspectiva parece cernirse en su horizonte histórico: el de vivir perpetuamente a la merced de los dos grandes colosos, el de mantenerse enajenados entre dos formas de servidumbre colonial, el de no poder ser jamás verdaderamente independientes y libres.

Lo que estaba amenazado en Checoslovaquia no era el “socialismo”, como tampoco estaba amenazada la “libertad” en la República Dominicana. Lo que en este país estaba en peligro cuando ocurrió la intervención militar era el régimen de los latifundios, el saqueo de la riqueza nacional por compañías extranjeras, y el egoísmo y la voracidad de una casta local. Lo que estaba amenazado en Checoslovaquia era un socialismo de robots teleguiados desde Moscú, la censura de prensa, los abusos policiales, la falta de crítica interna y una burocracia cancerosa que había sofocado toda iniciativa individual y a cuya sombra proliferaban la inmoralidad y el abuso. Al poner como condición a Dubcek, a Svoboda, a Cernik, para permitirles sobrevivir, el estacionamiento de tropas de ocupación, la liquidación de la libertad de expresión, la prohibición de organizaciones

políticas, los dirigentes soviéticos no piensan en el socialismo, sino en impedir que en Alemania Oriental, en Bulgaria, en la propia URSS, se desarrolle un movimiento popular interno que, al igual que en Checoslovaquia, decida “devolver al socialismo un rostro humano”. Cuando los acontecimientos de Hungría, el desgarramiento, la vacilación, la confusión eran todavía posibles: era el momento álgido de la guerra fría, la acción de fuerzas contrarrevolucionarias no podía ser descartada, el pueblo húngaro parecía dividido. Nada de esto justificaba la intervención militar, pero al menos cabía dudar, pensar en un error que sería más tarde rectificado y, en lo posible, enmendado. En el caso de Checoslovaquia no cabe duda alguna, porque todos los elementos de juicio son transparentes y ninguno excusa a la URSS, todos la acusan. A diez días de la intervención, Moscú no puede ofrecer una sola prueba al mundo que demuestre que el régimen de Dubcek ponía en peligro su seguridad interna o que estaba a punto de abandonar el campo socialista para pasar a integrar el mundo capitalista. Ninguna fábrica había sido arrebatada a los obreros, ningún consorcio internacional había alienado la economía socialista, el medio millón de soldados ocupantes no ha podido capturar un solo “agente del militarismo alemán”. Más todavía: ni los elementos más conservadores del partido comunista checo se han prestado a desempeñar el papel de Quislings, ninguno ha osado reivindicar el imaginario manifiesto que habría pedido a los países del Pacto de Varsovia consumir la invasión. Y, más bien, la ocupación extranjera ha servido para mostrar al mundo la extraordinaria unidad del pueblo checo detrás de sus líderes, la dignidad y la serenidad de que era capaz en medio de la humillación que le infligían. Sea cual sea el desenlace de esta tragedia, y aún si este desenlace es el que corresponde a la moral política y al sentido común —el retiro de los ocupantes, el dejar en libertad al pueblo checo de orientar su socialismo por el camino que le plazca, el de indemnizarlo por los daños causados —no se necesita ser adivino para saber que la herida tan deslealmente inferida por la URSS a Checoslovaquia tardará mucho tiempo en cerrarse, y que, paradójicamente, sólo servirá a la larga para apuntalar y robustecer aquello que precisamente quería sofocar: la voluntad de independencia nacional y el apetito de libertad de los checos.

Desde el punto de vista internacional, la actitud de la URSS ha causado un daño gravísimo a las fuerzas de izquierda. La derecha, que duda cabe, ha comenzado a utilizar ya a su favor el drama checoslovaco, cuyas consecuencias más inmediatas serán, sin duda, la victoria electoral de Nixon y el aplazamiento del fin de la guerra de Vietnam. Otra consecuencia, no menos grave, ha sido que esta intervención militar

ha agudizado la división en el movimiento socialista internacional. Casi todos los partidos comunistas europeos han censurado en términos severos la invasión. Aquí, en Londres, el Partido Laborista trató de aprovechar lo ocurrido con miras electorales, y convocó una manifestación de protesta en Hyde Park. Los dirigentes laboristas que ocuparon la tribuna tuvieron que hablar ante una rechifla constante de diez mil manifestantes que los llamaban hipócritas: ¿cómo se puede condenar a la URSS por lo de Checoslovaquia si no se condena la intervención norteamericana en Vietnam? Esos diez mil manifestantes pertenecían, en su mayoría, a organizaciones de izquierda, y al terminar el acto de Hyde Park, desfilaron en señal de solidaridad con el pueblo checo, a los gritos de “Dubcek” y “Svoboda” y “Russians go home” ante la embajada soviética y fueron arengados por los mismos dirigentes estudiantiles y obreros que dirigen las manifestaciones a favor de la paz en Vietnam. En Francia, la Unión Nacional de Estudiantes, que encabezó la “revolución de mayo”, fue la primera en exhortar a sus afiliados a salir a la calle a protestar por la intervención militar en Checoslovaquia. Una de las pocas cosas positivas de este luctuoso suceso habrá sido, así, comprobar que en las organizaciones de izquierda europeas ya no opera el maniqueísmo de otros años, que la adhesión al socialismo ya no se entiende como adhesión incondicional a la política soviética, que las fuerzas progresistas son ahora más independientes y más lúcidas. En estas condiciones, ¿qué pensar de las palabras de Fidel Castro justificando la intervención militar? Un dirigente que hasta ahora había dado pruebas de una sensibilidad tan alerta en lo relativo al problema de la autonomía nacional, que había reivindicado hasta el cansancio el derecho de los pequeños países de realizar su propia política sin intromisiones de los grandes, ¿cómo puede respaldar una invasión militar destinada a aplastar la independencia de un país que, al igual que Cuba, sólo pretendía que lo dejaran organizar su sociedad de acuerdo a sus propias convicciones? Aparte de que resulta lastimoso ver reaccionar a Fidel de la misma manera condicionada y refleja que los mediocres dirigentes de los partidos comunistas latinoamericanos que se precipitaron a justificar la intervención soviética, ¿no comprende acaso el máximo dirigente cubano que si reconoce a la URSS el derecho de decidir el tipo de socialismo que conviene a los demás países y el de imponerles su elección por la fuerza, lo ocurrido hoy en Praga podría ocurrir mañana en La Habana? A muchos, amigos sinceros de la Revolución cubana, las palabras de Fidel nos han parecido tan incomprensibles y tan injustas como los ruidos de los tanques que entraban a Praga.

Londres, Agosto de 1968